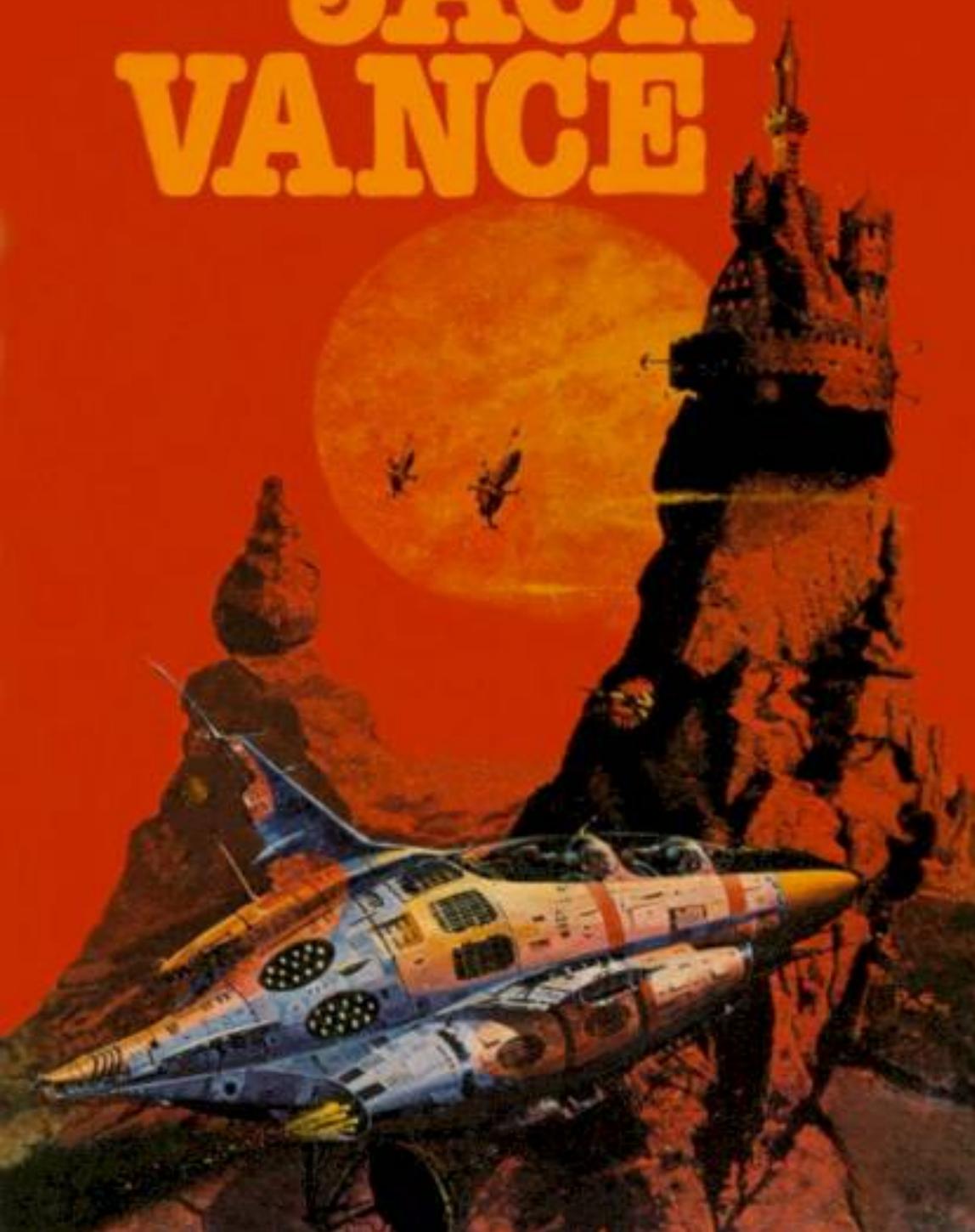


LO MEJOR DE  
**JACK  
VANCE**



En esta antología se recogen tres de las mejores narraciones del maestro indiscutido de la ciencia ficción exótica y aventurosa, entre ellas *El último castillo*, ganadora del premio Hugo.

Para quienes ya conocen a Jack Vance a través de su ciclo Durdane (*El hombre sin rostro*, Ciencia Ficción 21; *Los valerosos hombres libres*, Ciencia Ficción 29), esta selección no hará sino confirmarles la pericia de uno de los escritores que mejor ha sabido evocar en sus relatos ese clima de irreductible extrañeza, de ajenidad total, que debería caracterizar toda buena obra del género y que sin embargo tan pocos autores consiguen crear de forma convincente.

Para quienes toman contacto por primera vez con este narrador insólito, estos relatos constituirán la introducción más adecuada a uno de los autores fundamentales de la ciencia ficción y fantasía contemporáneas.

## PRESENTACIÓN

### ¿Es Jack Vance un extraterrestre?

Jack Vance es el maestro indiscutido de la ciencia ficción «exótica». Nadie como él ha sabido transmitir —incluso en sus narraciones más intrascendentes— esa sensación de *ajenidad* que debería caracterizar toda obra que describa otros mundos y otras épocas futuras, y que sin embargo tan pocos autores consiguen infundir a sus relatos.

Esta habilidad suya para evocar lo irreductiblemente extraño le ha convertido en uno de los autores más populares del género, pese a (o precisamente por) la aparente irrelevancia del argumento de muchos de sus relatos. Como en la narrativa de Kafka, lo más importante no es lo que pasa, sino *cómo* pasa, e incluso ese *cómo* adquiere todo su interés a nivel de matiz. No se puede reducir un relato de Vance a su esquema argumental (como se puede hacer con muchas otras narraciones de ciencia ficción, que incluso mejoran en versión sinóptica), pues equivaldría a pelar un plátano para tirar lo de dentro y comerse la piel. En Vance, como en Kafka (aunque a un nivel muy distinto), la forma es el contenido.

Dicho de otro modo, la peculiar fascinación de Vance reside en que más que escribir *sobre* alienígenas lo hace *como* un alienígena.

Y, bien mirado, puede que lo sea, teniendo en cuenta su tenaz y misteriosa reserva, su reticencia a mostrarse en público y hablar de sí mismo.

En cualquier caso, se trata de un extraterrestre concienzudo y prolífico, y si los extraterrestres piensan invadir nuestro mercado editorial infiltrando a agentes como él, los escritores indígenas nos veremos en un grave apuro.

Pues Vance no sólo es, como ya he señalado, uno de los más populares escritores de ciencia ficción, sino que, además, con su verdadero (?) nombre, John Holbrook, ha conseguido éxitos similares como novelista de misterio.

Naturalmente, Vance ha ganado varios premios Hugo, uno de ellos por *El último castillo*, tal vez el más inquietante de los relatos incluidos en esta antología. Antología para la que, excepcionalmente, Vance ha escrito un breve prefacio y sendos comentarios introductorios a cada narración.

Los lectores que, de la mano de Vance, hayan visitado el planeta Durdane<sup>[1]</sup> estarán preparados, supongo, para afrontar este nuevo *trip* de «ajenidad total». A los que no debo recomendarles que no empiecen este libro si han de hacer algo importante en las próximas horas. Pues les aseguro que, una vez dentro, no les va a ser nada fácil volver. Suponiendo que deseen hacerlo.

CARLO FRABETTI

## PREFACIO

Con franqueza, no me gusta discutir mis propios relatos, sino sólo analizarlos. Sin embargo, se me ha pedido que prepare un prefacio para la siguiente colección y parece que no hay otro tema más apropiado que las narraciones mismas.

Naturalmente, se trata de relatos que me gustan. Han sido escritos a lo largo de, aproximadamente, quince años. Siento un afecto especial por *El retiro de Ullward*, y por *Velero 25*. Por lo demás, poco se puede decir que no digan los relatos por sí mismos.

Me parece mejor hacer una o dos observaciones sobre mi acercamiento personal al asunto de la literatura. En primer lugar, estoy firmemente convencido de que el escritor que se anuncia a sí mismo distrae la atención de sus lectores de lo que debe ser su única preocupación: su trabajo. Por esta razón, y después de unas pocas vacilaciones iniciales, me he negado a diseminar fotografías, autoanálisis, información biográfica, críticas y confesiones: no a causa de una reserva innata, sino para dirigir la atención hacia donde creo que merece ser dirigida.

Soy consciente de que no utilizo ningún estilo inflexible o predeterminado. Cada relato genera su propio estilo, por decirlo así. En teoría, creo que el mejor estilo es aquel que nadie nota, pero supongo que, en la práctica, esto puede no ser así, o imposible de conseguir en todas las ocasiones. En la actualidad, el tema del estilo es demasiado amplio como para ser cubierto con una frase o dos, y no me cabe

la menor duda de que cada escritor tiene sus propias ideas al respecto.

Sin entrar en otras generalizaciones, recomiendo al lector que dirija su atención a los propios relatos.

J. V.

## VELERO 25

*Hace varios años, Cele Goldsmith dirigía Amazing Stories. Una noche, en casa de Poul Anderson, traje, por razones de economía, una serie de ilustraciones para cubiertas, y pidió a los presentes que elaboráramos relatos basados en aquellas ilustraciones. Poul aceptó, con bastante cautela, una de ellas cuyo tema ya he olvidado. A Frank Herbert se le asignó la representación de una cabeza humana con un corte que revelaba un infierno de llamas, criaturas semihumanas que corrían a toda prisa, y todas las instalaciones de una planta de energía nuclear. Yo fui bastante más afortunado y recibí una imagen con la que se pretendía representar una flota de naves espaciales impulsadas por velas solares. Teóricamente, la idea es buena y, desde hace tiempo, los científicos espaciales han incluido este concepto entre sus especulaciones sobre futuros viajes planetarios. La astrografía, desde luego, es algo inmensamente complejo, pero, con una cuidadosa inclinación de la vela y utilizando gravedades planetarias y/o del sol, se puede visitar cualquier región del sistema solar; no siempre por la ruta más directa, pero los clippers a vela también daban grandes rodeos en las rutas que seguían.*

*Las desventajas son lo complicado del equipo y la tremenda extensión de la vela —que tendría que ser medida en kilómetros cuadrados— necesaria para acelerar una nave de masa considerable a una velocidad apreciable y en un espacio de tiempo razonable.*

*Lo que me lleva de nuevo a mi cubierta. La artista, sin duda alguna por razones estéticas, representó las naves es-*

*paciales con unas velas de un tamaño similar a las de un bergantín, lo que probablemente no produciría más empuje de vuelo que el de una mosca. Además, las velas estaban pintadas de colores llamativos, desafiando la idea científica que especifica que las velas solares deberían ser ligeras membranas de plástico, recubiertas por una película de metal reflector de unas pocas moléculas de espesor. Sin embargo, y al margen de lo ilógica que pudiera parecer la ilustración, tuve la sensación de que tenía que justificar cada detalle por uno u otro medio. Después de un considerable trabajo lo conseguí, sintiendo una enorme gratitud por no haber sido seleccionado para escribir sobre la cabeza cortada que le tocó a Frank Herbert.*

# 1

Henry Belt entró lánguidamente en la sala de conferencias, subió al estrado y se sentó ante la mesa. Echó un vistazo a la sala; una mirada rápida y brillante que, sin fijarse en ninguna parte, trató a los ocho hombres jóvenes que tenía frente a él con un desinterés casi insultante. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un lápiz y una libreta roja y plana, que colocó sobre la mesa. Los ocho hombres jóvenes le observaron en absoluto silencio. Eran todos bastante parecidos: saludables, limpios, inteligentes, con unas expresiones idénticamente alertas y cautelosas. Cada uno de ellos había oído leyendas sobre Henry Belt; cada uno se había formado sus planes privados y tomado sus determinaciones.

Henry Belt parecía un hombre de una especie diferente. Su rostro era ancho, plano, endurecido por los cartílagos y los músculos, con una piel que tenía el color y la textura de la corteza de tocino. Unas toscas canas blancas cubrían su cuero cabelludo; sus ojos eran poderosas hendiduras, y su nariz una masa deforme. Sus hombros eran macizos, y las piernas cortas y nudosas.

—Antes que nada —dijo Henry Belt, con una mueca de indiferencia—, quiero dejar bien claro que no espero gustarles. Si es así, quedaré sorprendido y disgustado. Significará que no les he apretado con la dureza suficiente.

Se reclinó en el asiento, observando al silencioso grupo.

—Habrán oído contar historias sobre mí. ¿Por qué no me han despedido del servicio? El incorregible, el arrogante, el peligroso Henry Belt. El borracho Henry Belt. (Esto úl-

timo, desde luego, es una calumnia, Henry Belt nunca ha estado borracho en su vida). ¿Por qué me toleran? Por una razón muy simple: por necesidad. Nadie quiere hacerse cargo de esta clase de trabajo. Sólo un hombre como Henry Belt puede resistirlo: año tras año en el espacio, sin otra cosa que mirar que media docena de jóvenes de cara redonda. Él los saca, él los devuelve a su sitio. No todos ellos, ni todos los que regresan, son verdaderos astronautas. Pero todos cruzarán a la otra acera cuando le vean venir. ¿Henry Belt has dicho? Se pondrán pálidos o rojos. Ninguno de ellos sonreirá. Algunos ocupan ahora puestos muy altos. Podrían echarme de una patada si quisieran. Pregúntenles por qué no lo hacen. Henry Belt es un terror, les dirán. Es un perverso; es un tirano. Tan cruel como un hacha, tan voluble como una mujer. Pero un viaje con Henry Belt quita la espuma a la misma cerveza. Ha arruinado a más de un hombre; ha matado a unos pocos, pero quienes pasan la prueba, dicen con orgullo: ¡Yo entrené con Henry Belt!

»Otra de las cosas que pueden escuchar: Henry Belt tiene suerte. Pero no hagan caso de eso. La suerte desaparece. Formarán ustedes mi treceava clase y eso no es tener buena suerte. He salido con setenta y dos jovencitos, como ustedes, y no había ninguna diferencia entre unos y otros. He regresado doce veces, lo que se debe en parte a la buena suerte, y en parte a Henry Belt. El término medio del viaje es de unos dos años; ¿cómo puede soportarlo un hombre? Sólo hay uno que ha podido hacerlo: Henry Belt. He viajado por el espacio más que cualquier otro hombre vivo, y ahora les diré un secreto: ésta es la última vez que salgo. Empiezo a despertarme por las noches con extrañas visiones. Después de esta clase renunciaré. Espero que ustedes no sean supersticiosos. Una mujer de ojos blancos me dijo que moriría en el espacio. También me dijo otras cosas, todas las cuales resultaron ser ciertas. Nos vamos a conocer muy bien los unos a los otros. Y se preguntarán sobre qué bases hago mis recomendaciones. ¿Soy objetivo y

honrado? ¿Aparto de mí la animosidad personal? Naturalmente, no habrá ninguna amistad. Bien, éste es mi sistema. Llevo una libreta roja. Aquí está. Anotaré sus nombres ahora mismo. ¿Cómo se llama usted?

—Soy el cadete Lewis Lynch, señor.

—¿Y usted?

—Edward Culpepper, señor.

—Marcus Verona, señor.

—Vidal Weske, señor.

—Marvin McGrath, señor.

—Barry Ostrander, señor.

—Clyde von Gluck, señor.

—Joseph Sutton, señor.

Henry Belt escribió todos los nombres en la libreta roja.

—Éste es el sistema. Cuando hagan ustedes algo que me fastidie les rebajo puntos. Al final del viaje, totalizo esos puntos, añado unos pocos aquí y allí por lo de la suerte, y ésa es la fórmula por la que me guío. Estoy seguro de que nada puede estar más claro. ¿Qué es lo que me fastidia? ¡Ah! Ésa es una pregunta muy difícil de contestar. Si hablan ustedes demasiado: puntos de menos. Si se muestran malhumorados y taciturnos: puntos de menos. Si gaudulean y holgazanean y tratan de evitar el trabajo sucio: puntos de menos. Si muestran un celo excesivo y van de prisa a todas partes: puntos de menos. Servilismo: puntos de menos. Truculencia: puntos de menos. Si cantan y silban: puntos de menos. Si son unos pelmazos permanentes: puntos de menos. Como pueden ver, resulta difícil trazar la línea divisoria. Les voy a dar un consejo que les ahorrará muchos puntos negativos. No me gustan los chismorreos, sobre todo cuando se refieren a mí mismo. Soy un hombre muy sensible, abro mi libreta con rapidez en cuanto pienso que se me está insultando. —Henry Belt volvió a reclinarse en el asiento—. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Bien —asintió Henry Belt con un gesto—. Es mejor que no hagan gala de su ignorancia en un momento tan temprano del juego. En respuesta a los pensamientos que en estos momentos están cruzando por la mente de cada uno de ustedes, debo decirles que no me creo un dios. Pero pueden pensarlo así, si quieren. Y esto —dijo levantando la libreta roja— pueden considerarlo como el compendio sincrético. Muy bien, ¿alguna pregunta?

—Sí, señor —dijo Culpepper.

—Hable.

—¿Alguna objeción contra bebidas alcohólicas a bordo, señor?

—Para los cadetes, sí, desde luego. Estoy de acuerdo en que el agua debe ser llevada en cualquier caso, en que los compuestos orgánicos presentes puedan ser reconstituidos, pero, desgraciadamente, las botellas pesan demasiado.

—Comprendo, señor.

Henry Belt se levantó.

—Una última cosa. ¿Les he dicho que dirijo la nave con el mayor rigor? Cuando diga a saltar, espero que cada uno de ustedes salte inmediatamente. Se trata de un trabajo peligroso, desde luego. No garantizo su seguridad. Al contrario, y sobre todo desde el momento en que hemos sido asignados al viejo 25, que tendría que haber sido desguzado ya hace tiempo. Aquí son ustedes ocho. Sólo seis cadetes harán el viaje. Antes de que finalice la semana haré las notificaciones apropiadas. ¿Alguna otra pregunta...? Muy bien entonces. Hasta luego.

Moviéndose lánguidamente sobre sus delgadas piernas, como si le dolieran los pies, Henry Belt abandonó la sala por el pasillo del fondo.

Por un momento se produjo el silencio. Después, Von Gluck dijo con un tono de voz suave:

—¡Su Excelencia!

—Es un tirano lunático —murmuró Weske—. Nunca había escuchado nada igual. ¡Megalomanía!

—Tomadlo con calma —observó Culpepper—. Y recordad, nada de murmuraciones.

—¡Bah! —exclamó McGrath—. Estamos en un país libre. Diré lo que quiera.

—Es un milagro que nadie le haya asesinado —dijo Weske, levantándose.

—Yo no quisiera intentarlo —comentó Culpepper—. Parece muy fuerte.

Hizo un gesto y se levantó, con las cejas fruncidas, pensativo. Después se dirigió a mirar por el pasillo por donde se había marchado Henry Belt. Allí, apretado contra la pared, estaba Henry Belt.

—¿Sí, señor? —dijo Culpepper con suavidad—. Deseaba saber cuándo quería usted convocarnos de nuevo.

Henry Belt regresó a la tribuna.

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro —se sentó y abrió su libreta roja—. Usted, señor Von Gluck, ha hecho la observación «¡Su Excelencia!» en un tono de voz ofensivo. Un punto menos. Usted, señor Weske, utilizó las expresiones «tirano lunático» y «megalomanía» para referirse a mí. Tres puntos menos. Señor McGrath, observó usted que la libertad de expresión es doctrina oficial en este país. Se trata de una teoría que, por el momento, no tenemos tiempo de analizar, pero creo que esa afirmación, hecha en el contexto actual, posee un cierto tono de insubordinación. Un punto menos. Señor Culpepper, su complacencia imperturbable me irrita. Preferiría que mostrara una mayor incertidumbre, e incluso inseguridad.

—Lo siento, señor.

—Sin embargo, recordó mi regla a sus colegas, así es que no le rebajaré ningún punto en esta ocasión.

—Gracias, señor.

Henry Belt se reclinó en el asiento y se quedó mirando al techo.

—Escúchenme con atención, pues no me gusta repetir lo que digo. Tomen notas si quieren. Tema: veleros solares; teoría y práctica de los mismos. Se trata de un material con el que ya deben estar familiarizados, pero que repetiré para evitar ambigüedades.

»En primer lugar, ¿por qué preocuparnos por la navegación a vela cuando las naves nucleares son mucho más rápidas, seguras, directas y fáciles de manejar? La contestación tiene tres aspectos: primero, una vela no es un mal modo de mover transportes pesados, con lentitud, pero más económicamente, a través del espacio. Segundo, la autonomía de la vela es ilimitada, pues empleamos la presión mecánica de la luz para impulsarnos y, en consecuencia, no necesitamos ni maquinaria propulsora, ni material de eyección, ni fuente de energía. El velero solar es mucho más ligero que la nave propulsada por energía atómica, y puede transportar una mayor dotación de hombres en un casco mayor. Tercero, para entrenar a un hombre en el espacio no hay mejor instrumento que el manejo de un velero. Naturalmente, la computadora calcula el sesgo de la vela y traza el curso. De hecho, seríamos patos muertos si no tuviéramos la computadora. De todos modos, el control del velero familiariza al personal con los aspectos cósmicos elementales: luz, gravedad, masa, espacio.

»Existen dos tipos de velero: puros y compuestos. El primero está basado exclusivamente en la energía solar, mientras que el segundo dispone de una fuente de energía secundaria. Se nos ha asignado el número 25, que pertenece a la primera clase. Está compuesto por un casco, un gran reflector parabólico que sirve como radar y antena de radio, así como de reflector para el generador de energía; y la vela propiamente dicha. La presión de la radiación, desde luego, es extremadamente débil, del orden de una onza por acre a esta distancia del sol. Necesariamente, la vela ha de ser extremadamente grande y ligera. Utilizamos una película de fluoro-silicona, de una décima de milímetro de es-

pesor, velada con litio hasta alcanzar el estado opaco. Creo que la capa de litio es de un espesor de mil doscientas moléculas. Una hoja así pesa aproximadamente dos toneladas por kilómetro cuadrado. Está ajustada a un aro de tubos de acero monocristalino que van al casco.

»Tratamos de alcanzar un factor de peso de tres toneladas por kilómetro cuadrado, lo que produce una aceleración que oscila entre g/cien y g/mil, lo que depende de la proximidad al sol, del ángulo de sesgo, de la velocidad orbital circunsolar y de la capacidad de reflexión lumínica de la superficie. Estas aceleraciones parecen diminutas, pero los cálculos demuestran que son acumulativamente enormes. G/cien produce un incremento de velocidad de mil trescientos kilómetros por hora a cada hora, lo que representa treinta mil kilómetros por hora cada día, ocho kilómetros por segundo cada día. A estas velocidades se pueden cubrir distancias interplanetarias... manipulando la vela adecuadamente, claro está.

»Ya he citado las ventajas de la vela. Fácil de construir y barata en cuanto a operatividad. No requiere combustible, ni eyector. A medida que viaja por el espacio, la gran área captura varios iones, que pueden ser expulsados en el chorro de plasma accionado por el reflector parabólico, lo que añade otro incremento a la aceleración.

»Las desventajas de la vela son las del velero o nave impulsada a vela, en la que tenemos que utilizar fuerzas naturales con una gran precisión y delicadeza.

»No existe límite determinado en cuanto al tamaño de la vela. En el 25 utilizamos unos seis kilómetros cuadrados de velamen. Para el presente viaje instalaremos una vela nueva, ya que la antigua está gastada y erosionada.

»Eso es todo por hoy.

Una vez más, Henry Belt bajó de la tarima y desapareció por el pasillo. En esta ocasión, no se produjo ningún comentario.